

La mitad del hombre es la mujer

Zhang Xianliang

Traducción de I. Preciado y E. Hu. Siruela. Madrid, 1992. 338 páginas, 3.250 pesetas

DEBEMOS congratularnos de que a los pocos años de su primera edición (1985) podamos leer este libro en nuestra lengua

gracias a dos traductores que han partido del original chino, Emilia Hu e Iñaki Preciado loeta, experto en lenguas y culturas orientales a quien se debe además una impecable edición bilingüe de «El libro de Tao» de Lao Zi, premio Fray Luis de León en 1979. Pertenecen a esa imprescindible minoría de quienes unen pasión literaria a su profesionalidad, de lo que se benefician tanto los autores extranjeros como los lectores, a los que se nos permite así participar de aquella hermosa idea de Eliot según la cual la Literatura es verdaderamente un universo sin fronteras.

En el caso de «La mitad del hombre es la mujer», la novela del escritor chino Zhang Xianliang (nacido en 1936), la tarea del traductor ha exigido asimismo la aportación de más de un centenar de notas en las que se salva con pertinencia y justeza la distancia cultural entre el texto y su mundo, por una parte, y la «comunidad interpretativa» de los lectores españoles por otra. Acaso no haya otra forma más directa que ésta para comprender lo que los estudiosos de la recepción literaria han dado en llamar «lector implícito», concepto teórico que no deja de producir por su ambigüedad más de un problema. Xianliang escribió pensando en destinatarios para quienes los zapatos rojos significan la boda de una muchacha, el alejamiento de los lechos del marido y la mujer es paragonable al tablero del ajedrez chino en el que figura un río como índice de la imposibilidad que ciertas piezas tienen que subir más allá de un punto determinado, y «la doctrina del mandato del Cielo» es el «Tianminglun» confuciano contra el que luchó ideológicamente la Revolución Cultural. A este respecto, y enlazando con mi primera consideración, cuando en la página 281 se citan unos versos de «El sueño del Pabellón Rojo», la gran novela antifeudal escrita en el siglo XVIII por Cao Xuequin, resulta muy grato saber que disponemos de una traducción española completa de este monumento de la Literatura china debida a los buenos oficios de la Universidad de Granada.

En el mismo párrafo donde se hace esa cita aparecen, por cierto, Zhou Enlai y Deng Xiaoping como la última esperanza de gobierno para su país. Se trata de una referencia fundamental que nos sitúa en un momento decisivo, la época inmediatamente anterior a la muerte de Mao cuando dirigentes «derechistas» como los dos mencionados obtuvieron su rehabilitación política.

«La mitad del hombre es la mujer» puede presentar, hoy por hoy y en lo que a la historia de la República Popular China se refiere, lo mismo que hace tres decenios significó para la Unión Soviética «Odin den Ivana Denisovicha» de Alexander Solzhenitsyn, aquel relato de una jornada completa en un campo de castigo siberiano vista desde la perspectiva del recluso M-854 cuyo nombre le daba título. Este libro vio la luz, entonces, como pieza de la campaña de desestalinización avalada por Khrushchev. Xiang Xianliang, por su parte, explica su trayectoria personal de escritor en el prefacio a esta edición española fechada en París en 1988 (un año antes, pues, de la matanza de Tiananmen, sangriento desenlace de la liberalización iniciada por Deng Xiaoping). En 1957 fue tachado de «derechista» por el llamado «movimiento de las Cien Flores», a raíz de la

publicación de un poema de juventud, y su «reeducación» en una granja de la provincia norteña de Ningxia, inicialmente programada para tres años, se fue prologando una y otra vez por culpa de nuevas campañas ideológicas como el «movimiento de los Cuatro Saneamientos» y desde 1968, la propia «Revolución Cultural». Tras veintidós años de trabajos forzados,



«Estamos ante una novela testimonial y autobiográfica, que ofrece con suma contención expresiva un panorama completo de lo que el régimen comunista chino fue para la población disidente»

Xianliang fue rehabilitado en 1979 gracias al proceso de desmaoización capitaneado por Deng Xiaoping, en circunstancias muy similares a las soviéticas ya aludidas.

Estamos, pues, ante una novela testimonial y autobiográfica, cuyo narrador y protagonista apenas sí vela su identidad tras el nombre de Zhang Yonglin. Su historia coincide punto por punto con la del autor, y ofrece, en términos de suma contención expresiva probablemente no ajena al padrino que la obra disfrutó, un panorama completo de lo que el régimen comunista chino fue para la población disidente. Hay páginas —la 33, por ejemplo— que se nos muestran veraces si las contrastamos con formidables secuencias de «El último emperador» de Bernardo Bertolucci. No se narran grandes sevicias, sino cómo la tiranía impuso eficazmente su «normalidad». El protagonista lo reconoce abiertamente: «Nuestra vida es dura, pero cómoda. Nos lo dan todo hecho, ni siquiera necesitamos hacer uso de nuestro cerebro» (página 272). Pero denuncia también «la mayor calamidad que nos han causado. Han destruido

por completo la confianza entre las personas; la buena voluntad, la humanidad y el espíritu solidario, y han transformado a los hombres en lobos y

zorros» (página 317). Los mecanismos de semejante proceso cobran vida cabal ante los ojos de los lectores de «La mitad del hombre es la mujer».

Este título sugiere, no obstante, un tema privado que la novela trata destacadamente. El escritor plantea aquí la vida de pareja como «la lucha entre los sexos» (página 172), como una relación contradictoria, «una serpiente de dos cabezas que no cesaba de morder mi corazón» (página 253). La parte central de la novela encierra, así, la historia de un primer encuentro y, nueve años más tarde, del matrimonio del protagonista con otra reclusa en reeducación, Huang Xiangjiu, muy pronto transformado en triángulo amoroso en el que se implica un secretario comunista, Cao Xueyi. En abril de 1975 Zhang y Huang presentan ante la célula competente del partido una solicitud en la que, tras una cita del presidente Mao, se «comprometen a proseguir su reforma ideológica después del matrimonio» (página 163), y un año después abren con otra cita similar su demanda de divorcio tras el que desplegarán «mayores esfuerzos en la construcción del socialismo y en la transformación personal» (página 325).

Pero este proceso incluía ya otra transformación personal de Zhang Yonglin. Su primera relación con una mujer —su efímera esposa— manifiesta en él una impotencia que atribuye a la represión de que ha sido víctima (página 177). Tan sólo después de haberse comportado de forma heroica en el trance de unas inundaciones, sobreponiéndose con su decisión a los propios líderes del partido, recobra su vigor físico y a la par comienza de nuevo a escribir literatura. Pese a su madurez cuarentona, este episodio tiene la funcionalidad de una iniciación sexual y vital que por una parte le acerca a su esposa, pero por otra lo aparta definitivamente de ella, pues el escritor se siente necesitado más que nunca de libertad, de nuevos aires, de horizontes abiertos, no domésticos.

Algo hay de extraño en ese sincretismo de las trayectorias política, amorosa y personal. Probablemente no podría ser de otro modo: aparte de lo peregrino de la historia narrada, los elementos narrativos, siendo homólogo a los de nuestra propia tradición, se combinan aquí de acuerdo con fórmulas inusitadas. Así lo elegiaco, las digresiones, el lirismo, lo erótico, el pensamiento, el paisaje y el diálogo, entrecruzado de frases hechas de la propaganda maoísta, ya «lexicalizadas» a modo de refranes. Así, también, el humor y lo maravilloso, que nos permiten disfrutar en términos raramente pensables entre nosotros, de la conversación del protagonista con uno de los caballos de la granja, desenfadado confidente de sus problemas conyugales, de los que participan también un espíritu de mandarín Song y el propio Otelo. Zhang puede pedir consejo espiritual a uno de los patriarcas del taoísmo, Zhuangzi, y en unas páginas sin duda obligadas por las circunstancias editoriales a las que ya me he referido, dejar que el propio Marx defienda su pensamiento de los errores cometidos por quienes lo llevaron a la práctica, para lo que el autor de «El Capital» echa mano, precisamente (página 219), de «vuestra filosofía oriental: "El pequeño saber está lejos del gran conocimiento"».

Darío VILLANUEVA